

LECTIO DIVINA

2º DOMINGO DE PASCUA, CICLO B (JN 20, 19- 31)

Juan José Bartolomé, sdb



El evangelio centra nuestra atención en lo sucedido el domingo de la Resurrección de Jesús; insiste en la dificultad que tuvieron los discípulos para creer que Él realmente había resucitado. Los que serían los primeros predicadores de Cristo, fueron los primeros incrédulos. Jesús tuvo que empeñarse a fondo para convencerles de que Él vivía, que su triunfo no era una ilusión, sino la verdad central del cristianismo.

Hoy seguimos siendo miedosos como los apóstoles. Al recordar lo que les sucedió 'al anoecer de aquel día', podemos hacer también nosotros la experiencia que ellos hicieron. El Resucitado nos quiere ayudar a vencer nuestras resistencias para convencernos de su triunfo. Esta es la Buena Noticia del evangelio. Compartamos a todos esta gran verdad: Dichosos si somos capaces de creer aún sin haber visto... La fe es un don de Dios.

Seguimiento:

19 Al anoecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a ustedes».

20 Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor.

21 Jesús repitió: «Paz a ustedes. Como el Padre me ha enviado, así también los envío yo».

22 Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: «Reciban al Espíritu Santo».

23 «A quienes les perdonen los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengan, les quedan retenidos».

24 Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús.

25 Y los otros discípulos le dijeron: «Hemos visto al Señor». Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo».

26 A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: «Paz a ustedes».

27 Luego dijo a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente».

28 Contestó Tomás: « ¡Señor mío y Dios mío!».

29 Jesús le dijo: « ¿Porque me has visto has creído? ¡Dichosos los que crean sin haber visto!».

30 Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos.

31 Éstos se han escrito para que crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengan vida da en su nombre.

I. LEER: entender lo que dice el texto:

El texto nos transmite la crónica de dos encuentros del Resucitado con sus discípulos; aunque localizados ambos en Jerusalén, no ocurren el mismo día ni tienen idéntico objetivo.

El primero (Jn 20,19-23), que acontece al atardecer del día de Pascua, sigue el esquema de los relatos de la aparición: presentación inesperada de Jesús, gozoso reconocimiento y misión universal.

El segundo (Jn 20,24-29), una semana después, elabora un motivo recurrente, el de la incapacidad para creer en la resurrección para quien no se haya topado personalmente con el Resucitado. La comunidad de creyentes y el creyente individual

nacieron al encontrarse con el Señor Jesús. Cuando Él se presenta al grupo y le confiere una misión universal, hace nacer la Iglesia; cuando se da a conocer a un discípulo y lo ayuda a superar su incredulidad, nace el creyente y lo hace 'su testigo'.

El primer relato es el punto de partida del nacimiento de la comunidad cristiana: el Resucitado confiere su poder, el Espíritu, y su misión, el perdón de los pecados, al grupo de discípulos que elige como testigos.

El segundo relato dramatiza el camino individual para llegar a la fe en Jesús y en su resurrección. Hubo quien, no valiéndole la experiencia de sus

hermanos, tuvo que ver y tocar a Jesús para creer que había resucitado; no fue capaz de creer lo que le dijeron los testigos de lo sucedido el domingo por la tarde...

El primer relato, aunque reducido a lo esencial, es más importante. Jesús resucitado encuentra al grupo de discípulos, encerrados en su casa y llenos de miedo. Su muerte los llenó de angustia.

Puede percibirse una clara intención: ellos estaban aterrados y el miedo los encerró; tuvieron que vivir su encuentro con Jesús para que fueran capaces de testificar el triunfo de la vida sobre la muerte. Al ver al Señor Jesús, se llenaron de alegría.

Una vez que el Señor resucitó, encargó a los suyos continuar su misión; los hizo sus enviados (Jn 20,21). La encomienda es un acto de investidura y una prueba de confianza. El hecho de que Cristo Jesús haya confiado a sus apóstoles la evangelización del mundo, los hizo hombres nuevos. Jesús resucitado les dio al Espíritu de Dios, y con Él la misión que los recreó...Con su presencia ya tenían un por qué para seguir viviendo.

La experiencia pascual fue el origen, y la razón de la misión cristiana (Mc 16,15-16; Mt 28,19-20; Lc 24,47; Hch 1,8). Típico de Juan es contemplar la misión de la iglesia como perdón universal del pecado. La comunidad cristiana es el espacio en el que se tiene que luchar contra el pecado y lo que lo favorezca.

El segundo episodio, más desarrollado, describe cómo se ha de llegar a la fe en Jesús. El evangelista

quiso mostrar que no fue el testimonio de los discípulos (Jn 20,25), sino Jesús en persona quien condujo a sus testigos a la fe en Él y, al mismo tiempo, que no hará falta una intervención especial para que crean los que vienen detrás; a éstos les ha de bastar el testimonio de quienes pudieron ver y oír al Señor.

Tomás, uno de los doce (Jn 11,6; 14,5), personifica la incapacidad de los primeros discípulos para aceptar el hecho de la resurrección de Jesús; al mismo tiempo, hace ver la dificultad de esa segunda generación cristiana que tendrá que creer sin constatar.

Tomás no estaba con ellos cuando vino Jesús (Jn 20,24). Su insistencia en tocar y ver para creer (Jn 20,25; 4,48. Lc 24,37), tiene que ver con su forma de concebir la resurrección final de los cuerpos: pone condiciones para creer en ella y aceptarla.

En realidad, Tomás no pedía más que lo que Jesús concedió a los demás (Jn 20,20; 20,18.25).

Pero una cosa es que se lo conceda y otra que lo exija. Aunque Jesús le dé lo que pedía para creer (Jn 20,27), no le hace concesión alguna en su respuesta: ***los creyentes, cuanto más alejados de los sucesos pascuales estén, tanta mayor oportunidad tendrán de ser creyentes y bienaventurados.***

Estas palabras parecen ser dirigidas a nosotros, que creemos sin tocar y que somos afortunados, porque Cristo Jesús nos asegura que Él estará con nosotros, hasta el final de los tiempos.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a nuestra vida

El relato elabora un hecho histórico que puede pasar desapercibido. Los primeros testigos de la resurrección fueron también los primeros incrédulos. Jesús Resucitado tuvo que empeñarse a fondo para llevarles a la evidencia. Los discípulos que quieren ser creyentes han de vivir en común sus dudas y su fe: la comunidad es el lugar del encuentro con Jesús Vivo; es en ella donde podemos superar las vacilaciones para creer de verdad.

- **Veinte siglos después de este momento histórico, este evangelio es para todos y para cada uno, una invitación para creer personalmente en Jesús Resucitado, y a la vez un reto. Jesús bendijo a quien creía sin apoyarse en lo que podía comprobar. Si como Tomás nos excluimos de la comunidad, tendremos más dificultad para creer lo que nos digan los hermanos. La vida común nos facilita la fe y su vivencia.**

Los discípulos, aferrados a sus miedos, permanecían encerrados en una casa y en su mundo. Es en ese clima donde se presentó Jesús Resucitado, y lo primero que hizo fue darles 'la paz'. Jesús no les reprocha su poca presencia a lo largo de su pasión. No les dijo que lo habían abandonado, que no lo defendieron.

Jesús resucitado se apareció a sus discípulos. Ellos lo creían muerto, pero el Señor nos los reprendió; por el contrario: les dio la paz que estaban necesitando. Les devolvió la alegría, iluminó su existencia al presentárseles resucitado. Su miedo se convirtió en dicha; su cobardía, los hizo recobrar el valor que parecían haber perdido.

Recuperaron la alegría, porque la muerte de su Señor fue vencida por la resurrección. A la cruz siguió la victoria.

- **¡Cuántos de nosotros seguimos teniendo miedo ante la realidad que vivimos! Nos encerramos en nosotros mismos, en nuestras maneras de pensar y de percibir los hechos. ¡Cuántos desconfiamos aún de las personas con quienes convivimos! Impera la incredulidad. El evangelio nos asegura que el miedo al mundo no se vence privatizando nuestra fe, sino viviéndola con nuestra comunidad familia, parroquia, grupo apostólico. Cristo vive para siempre.**

¿Cómo vencer el miedo? Creyendo que Él ha vencido la muerte. Vivir la paz y la alegría es demostrar que Cristo ha resucitado. Quien vive sin serenidad interior y lleno de tristeza, no cree en Él ni en su triunfo.

- **¿A qué o a quién debemos temer si creemos en Cristo Resucitado? Cristo nos concede la paz y la alegría que tanta falta nos hacen. Si las vivimos, podremos ser testigos del Señor entre los nuestros. No vivamos con miedo, inseguridad ni indiferencia. Confesemos nuestra fe en el Señor resucitado; seamos personas seguras, abiertas al trato; brindemos confianza que hará brotar la paz y la alegría en nosotros y en quienes nos rodean.**

Quienes vivieron ese primer encuentro con Jesús, el domingo de la pascua, recibieron el Espíritu del Señor y con Él, una misión. El aliento de su boca, el Espíritu del Resucitado, vino a quitarles sus temores y a llenar su corazón de entusiasmo misionero, imponiéndoles como tarea el perdón. Desde entonces, el cristiano vive para perdonar al mundo.

Jesús Resucitado da la paz a quienes manda a pacificar al mundo; rompe sus temores, presentándoseles vivo. No les da la paz para que sigan encerrados en sus miedos, sino que les manda pacificar al mundo, sin más armas que su Espíritu, ni más sabiduría que el saberse enviados por Él.

Jesús no convence a sus discípulos a base de argumentos razonables; no vence sus temores en su encierro, sino que les manda ir al mundo a ofrecer lo que ellos han recibido: el perdón y la paz.

- **Si somos cristianos de verdad tenemos que confesar que Cristo ha vencido al pecado, que nos da el perdón y paz si estamos con Él. No podemos decir que vivimos la paz y la alegría si no somos capaces de ofrecer estos dos regalos. Si no las damos, terminaremos por perderlos. Si damos paz y alegría, las acrecentamos en nosotros y en quienes nos rodean.**

III. ORAMOS nuestra vida desde este texto.



Padre Dios, este domingo, sentimos profundamente tu presencia resucitada en nuestra comunidad. Somos dichosos porque creemos en tu Plan maravilloso: 'Nuestra Salvación'.

Concédenos ser cada más y más creyentes; que nos dispongamos a darle a nuestro mundo la paz y el perdón que nos regaló tu Hijo, y Hermano nuestro, al vencer a la muerte y con ella, al pecado.

Que dejemos los resentimientos, los rencores, el desamor. Si los alimentamos no podemos vivir el gozo de su resurrección. Queremos ser sus testigos, perdonando; si vivimos el perdón, tendremos paz y la podremos irradiar, con la fuerza de su Espíritu.

Que nos decidamos a edificar y fortalecer a nuestra comunidad. Gracias por hacernos parte de ella. María, Madre nuestra, gozamos contigo el triunfo de tu Hijo en y como comunidad: 'Acompaña nuestra fe'. **¡Amén! ¡Aleluya!**